

Cuento *Pajarraeos*



Autor
Juan Felipe Posada Hoyos

Pajarracos

¡A esta selva le faltan huevos!, comenzó así el discurso de los gavilanes. Era verdad. Al menos cien huevos al año se perdían en asaltos que organizaban los cernícalos y gallinazos para causar miedo entre las pequeñas aves.

Es una vergüenza, con nosotros en mayoría no ocurría esto continuó el gavilán mayor, mirando fijamente a la delegación de los gallitos de las rocas.

Es una burla para nuestros nidos el dejar que aquellos carroñeros vengan y hagan lo que se les dé la gana y nadie mueva ni una pluma continuó, cambiando su tono a uno más aspirante de grandeza, tal como hacían las viejas águilas ibéricas, de alas pesadas y ya sin garras, cuando solían mandar por esos lares.



Con ustedes se mataban mil torcazas y las contaban como buitres se aventuró a interrumpir un mirlo sin renombre.

A las semanas su nido quedó frío.

Los gavilanes, que tenían fama de visitar los mismos árboles en donde solían rondar los pavorreales, y bobear con las flamencas entre copas y billares, no dejaban que nadie hablara en contra del negocio de sus aves, pues se sabía aunque de mal pico que aquellas picoteaban en los negocios más verdes de la selva.

Señalar en público siendo poco más que una torcaza comúnmente no suponía nada, pero hacerlo frente a un loro te ponía en la mira de los cóndores que no se atreven a juntarse con los cantares de los comunes y deciden mandar desde los cielos. Aquella cresta y casta que ya estaba en las ramas mucho antes de que ellos nacieran.

Entonces callaron al mirlo. A la semana siguiente emigraron las garzas y entre el fuego que había iniciado tal acontecimiento en el senado se revoloteaban las plumas del público. Los loros repetían en titulares los peores cantos que se podían haber fabricado, mientras los búhos tomaban bando entre los dos colores y las guacamayas miraban desde el retiro como todo seguía siendo igual que antes.



Primero nos moriremos antes de que haya paz le dijo la guacamaya roja a la azul, que años antes había enfrentado hasta el degüello, Idiota, ambos sabemos que no morimos, respondió el otro, mirando a su compañero.

Y mientras tanto, abajo, todos los pájaros revoloteaban sus alas en un escándalo que agitaba, y el bullicio creó bulla; los cacareos y los cantares se mezclaban con voces que se agitaban en el recinto. Hubo más gritos que firmas en cualquier documento; más plumas volando que acuerdos.



Los gavilanes alzaron sus voces. Y los sinsontes repetían, alegaban hasta cansarse, y luego gritaban lo contrario. Las palomas se aliaron con un lado y con el otro; los mochuelos conspiraban y murmuraban entre ellos. Hubo pánico. Hubo miedo, no tanto por los huevos, sino por quién tendría los escaños y por el temor de ser desplumados.

Y hubo roces, donde el cuervo atacaba a la paloma, los gallitos se juntaban con las guacamayas, y los flamencos iban a dar pan a las torcazas. Existió ruido, enojo, rabia. Y mientras aquel circo existía, la serpiente se comía los huevos.